

# ENTRE LA VIOLENCIA SOCIAL, EL NARCOTRAFICO Y LA POLITICA: LOS APORTES DE DARIO BETANCOURT ECHEVERRY A LA COMPRENSION DEL PRESENTE \*\*

Por DANIEL PÉCAUT  
PROFESOR  
Ecole d'Hautes Etudes en  
Sciences Sociales, Paris

Es la primera vez que vengo a hablar en la UPN. Me hubiera gustado hacerlo en presencia de Dario. Hasta hace poco era Director del Departamento de Ciencias Sociales. Hace más de tres meses que Dario Betancourt está secuestrado y con su familia y que todos nosotros, sus amigos, estamos esperando su regreso.

Espero que los que cometieron este acto bárbaro sepan quien es Dario Betancourt: Un historiador que alcanzó un merecido reconocimiento en Colombia y en el exterior, por sus estudios sobre la historia regional del Valle. Por eso todos valoramos su obra, que la admiramos, que la respetamos. Esto no puede ser. Que te dejen regresar con tu familia y con nosotros.

Tengo una razón superior para estar aquí. Dario estaba matriculado conmigo en París. Durante dos años él y yo animábamos un seminario sobre Colombia. ¿quién era el profesor y quien el alumno?. Eramos cada uno lo uno y lo otro sucesivamente. Él fue mi profesor en cuanto a la historia del Valle y a él debo el conocimiento que de ella tengo. Es más: le debo una mayor comprensión de la historia de Colombia de los años 20-60.

Lo mejor que puedo hacer aquí es retomar sus libros, varios escritos con Martha Luz García, para comentar sus aportes y porque me ayudaron a entender.

Empezaré por el que me parece su primer aporte. Dario es de los que mostraron que primero no hay una historia del presente, sino esta ubicada dentro de una historia de larga duración. Segundo, no hay una historia política que no sea una historia social. Tercero que no hay historia macro en la sociedad, que no tenga

Presentado el 28 de agosto de 1999 en la Universidad Pedagógica Nacional y en la Universidad Nacional en homenaje al profesor Dario Betancourt Echeverry. Posteriormente las autoridades confirmaron su brutal asesinato.

que apoyarse sobre una historia micro, de las veredas, de los municipios.

1. Darío es un historiador del presente. Lo es, lo sabemos todos, y de los más sobresalientes. Pero si lo es, es por que sabe que en todo momento no se puede leer sino a luz de los procesos históricos de conformación regional a lo largo de la colonización. Aplicar el precepto de Marc Bloch de hacer una historia retroactiva en la cual los rasgos de hoy dejan ver los rasgos del pasado. Ahí están siempre al orden del día las regulaciones precarias, a menudo violentas, que rigen la vida de las veredas, pero que echan raíces en las regulaciones también precarias y a menudo violentas que siempre prevalecieron, ahí están los gamonales tradicionales y los recién surgidos que se disputan el poder, como en el pasado, mantuvieron una disputa permanente entre las ondas sucesivas de elites. No es que no haya algo nuevo: a cada rato hay algo nuevo. Pero lo nuevo no puede sino inscribirse en las estructuras construidas anteriormente.

2. La historia política, sino se limita a una historia superficial, simplista, tiene que ser una historia social. Existen partidos políticos, jefes políticos, acontecimientos políticos. La gente a menudo cree que tiene una lógica autónoma, los historiadores también. Darío sabe que no es así. Detrás de lo público, toca buscar como se mueven intereses sociales, o como lo público está instrumentalizado para construirla por sus intereses. Más en unas sociedades de reciente construcción como es el caso de los municipios del norte del Valle, en las primeras décadas de este siglo, producto de la colonización Antioqueña. El problema en este caso es fundacional: Se inventa al mismo tiempo una sociedad política y estructuras sociales, las dos estrechamente relacionadas. La mezcla entre las formas políticas y las formas sociales sigue hasta ahora. Darío es un investigador de lo social y por eso es uno de los maestros de la genuina historia política.

3. Lo micro y lo macro no se pueden aislar. En París Darío alcanzó a leer los autores Italianos Ginzburg, Giovanni Levi, pero no tenía necesidad de esta lectura para demostrar como el nivel micro contiene los secretos del nivel macro. Al nivel micro las obras de él y de Martha García ya pusieron de relieve, con un talento obvio, como las instituciones, las estructuras de poder, las estructuras cognitivas no son sino el producto de las interacciones entre los actores, las instituciones fundadas sobre intereses, creencias y coacciones. Pero lo mismo vale para el nivel macro, tanto por que lo nacional deriva en Colombia, mas que en otras partes, de las interacciones entre las regiones, como por que la normatividad legal no es sino el producto precario de las transacciones entre los grupos manejando varios recursos de poder.

Dejemos el método y vamos a los aportes sustantivos de los trabajos de Darío.

Para no perderme tomare como punto de partida dos hechos que describe Darío.

a) las funciones de mediadores que desempeñaron los que consiguen el poder local; b) cómo en varios municipios una parte de la población se reclutó sobre una base partidaria y como a ritmo de los cambios en el poder nacional, muchos tuvieron después, mas que todo en el tiempo de la Violencia, que cambiar la filiación. Creo que eso ofrece una llave para entender un montón de fenómenos.

A. Empezaremos por la noción de mediadores que tiene tanta importancia en los análisis de Darío:

- Por medio de los mediadores encontramos otra vez el vínculo entre lo político y lo social. La ocupación de los baldíos o de las tierras con título dudosos es un proceso que supone mediadores, que son los que son los que se arreglan para tener el monopolio de la atribución de los títulos o al menos el control de su



atribución. Ahí esta frente a frente en el caso de Trujillo Leocadio Salazar, el que viendo a los colonos las tierras que ellos cultivaban y Ernesto Pedraza, el que construye su poder político defendiendo a los otros.

- Pero los mediadores son también los que adquieren poder por medio del control que tienen sobre las relaciones entre la comunidad local y el gobierno departamental gracias a los votos que tienen.

En la demostración que hace Darío sobre esta dinámica de intercambio entre el municipio y el departamento, se da un ejemplo de razonamiento en términos de estrategia organizacional, tal como un Crozier lo está desarrollando.

Para conseguir poder se necesita primero inventar una comunidad, lo que supone crear municipios y después asegurarse de los votos del municipio, acudiendo a todas las formas de coacción y de violencias necesarias.

Lo segundo es, con esos votos poder negociar en posición de fuerza con los dirigentes políticos departamentales. En eso reside el intercambio: los votos contra inversiones. Ahí reside la fuerza del mediador.

Análisis estratégico: el poder esta ligado a la capacidad de controlar la incertidumbre, manejando los votos a su antojo para obtener más de las autoridades de otro nivel con la amenaza de apoyar a un competidor en lugar de otro.

Mediador también es el que impone las normas locales. Ya las primeras juntas de colonizadores en los años veinte, muestra Darío, van imponiendo reglamentos en relación con los comportamientos de la gente. Los mediadores de las décadas siguientes siguen con esta práctica, salvo que las normas se vuelven arbitrarias, conforme a sus objetivos del momento.

- El mediador es finalmente el que simboliza como se van construyendo mundos sociales, inclusive instituciones locales, que no tienen nada que ver con reglas jurídicas ni tampoco con eslabones de un Estado burocrático. La organización de la sociedad local deriva de su dinámica interna y de la aplicación de normas generales definidas en el estado central.

- A veces existen todavía analistas que se preguntan que es eso de la «precariedad del estado», si es que a muchos pueblos llegan la electricidad, las carreteras y hay puestos de policía. Que lean a Darío y sabrán lo que es: el hecho de que el funcionamiento del poder local se basa sobre prácticas y sobre «reglas de hecho» que escapan al control del Estado, lo que Darío llama la privatización del espacio público, y que obligan al Estado a transar permanentemente con el poder local, lo que Darío analiza vía el tema de las mediaciones.

Llegamos al otro punto, el traslado de una parte de la población de un partido al otro debido a la coacción. Creo que nada puede ilustrar mejor los límites de la ciudadanía en Colombia.

Ciudadanía supone identidades colectivas autogeneradas a base de elementos comunes en términos de clases, religión, de cultura local; supone conciencia de derechos que le toca al Estado reconocer; supone que, más allá de las desigualdades, se imponga la convicción de una similitud de las personas, para retomar la palabra que Tocqueville utilizaba para comentar el nuevo «tema generador de las sociedades modernas que es la igualdad».

Los cambios logrados de afiliaciones partidistas nos muestran en primer lugar que en el Norte del Valle no existe la posibilidad de entidades autogeneradas; las identidades son en gran parte el resultado de la imposición. Quienes no

aceptan esta imposición corren el riesgo de perder su tierra y a menudo su vida.

Pero el mérito de Darío es también el de subrayar la dimensión individualista de los colonos, relacionada con la diversidad de su proyección y de sus trayectorias. Así que lo común, lo «comunitario» no es producto de su solidaridad, sino de las reglas que imponen los jefes locales. Como lo anota Gonzalo Sánchez en el prólogo de una de las obras, se trata de una zona bastante rica, gracias al café, en la cual no se dan conflictos agrarios del tipo de los que dieron lugar en Sumapaz a múltiples acciones colectivas y a una cultura popular. Lo que hay en los municipios cafeteros del Valle es una doble relación estratégica la de los individuos que tienen que adaptarse a las imposiciones del poder local, la del poder local con el poder a otros niveles.

Obvio que sería un tema fascinante de investigación estudiar lo que pasa con esa población de «convertos políticos» y los efectos sobre sus identidades personales.

En segundo lugar tales cambios de afiliaciones partidistas, significa que no se puede constituir una esfera de los derechos relacionados con una percepción de la justicia, ni hay como se podría formar una conciencia colectiva de tales derechos, ni hay un estado para hacerlos reconocer a nivel local.

En tercer lugar la referencia a la similitud no puede calificarse como un «hecho generador». no es que los jefes locales sean oligarquías de vieja estirpe y que se mantengan en una visión jerárquica semejante a la del régimen colonial. Lo que distingue a los jefes de los campesinos es la apropiación del poder político de donde deriva el poder social. Por eso el mantenimiento del orden supone siempre acudir a la fuerza, activa o potencial. Estamos en lo opuesto a la microfísica del poder de Foucault, y de sus

teorías de las disciplinas; y también del proceso civilizatorio de Elias estamos frente a dinámicas de redes privadas de poder, que no determinan los impulsos sino que se apoyan sobre ellos; que no están subordinados a una regulación de conjunto, sino que generan fragmentación como recursos de poder. Los partidos mismos no son instancias unificadoras. Son el producto de una negociación permanente entre poderes de varios niveles. Tampoco el mercado constituye una instancia reguladora.

No existe tal mercado autoregulador ya que el mercado a su turno esta permeado por las relaciones de poder

Sin institucionalización política estable, sin la idea del mercado regulado, la construcción de la sociedad no puede ser sino un proceso siempre acabado, donde las regulaciones precarias y la violencia se entremezclan en todo momento.

Tales son los aportes del historiador Darío Betancourt que no son pocos. Es necesario subrayar que son aportes que sirven para descifrar lo presente.

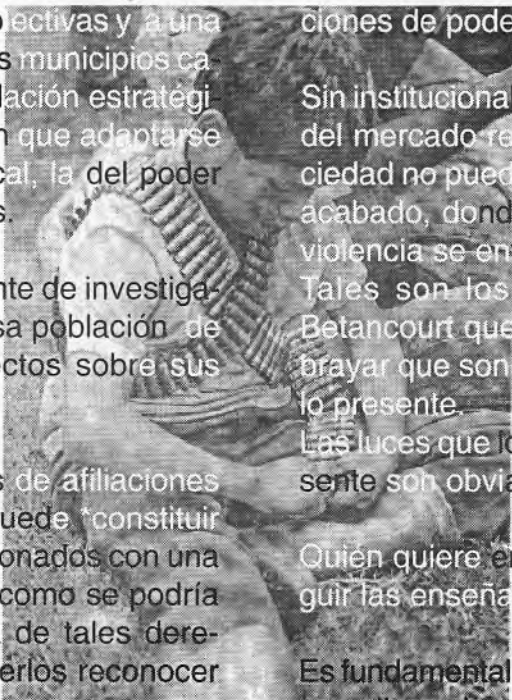
Las luces que los análisis presentan sobre el presente son obvias.

Quien quiere entender el presente tiene que seguir las enseñanzas a Darío Betancourt.

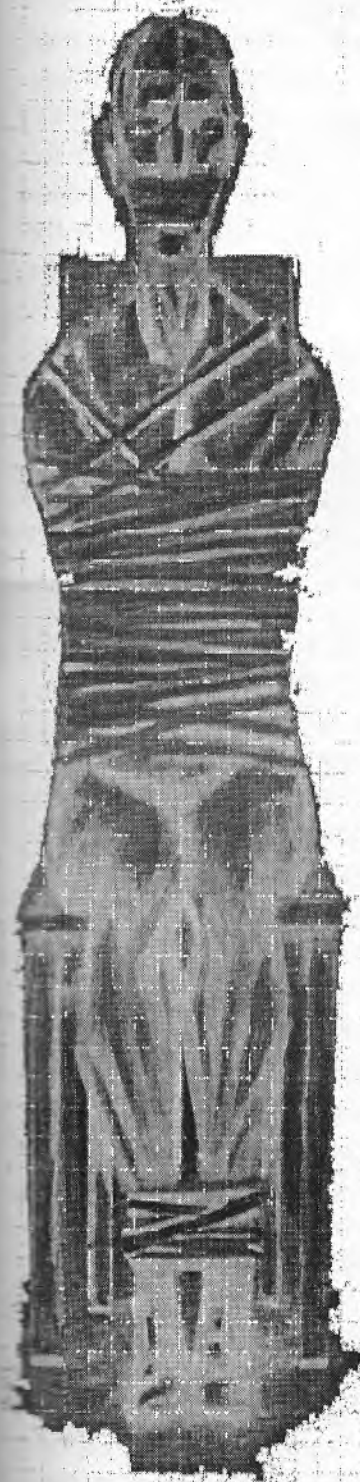
Es fundamental partir de las transformaciones que sacudieron la sociedad.

Los nuevos recursos económicos aparecidos en los últimos años conllevaron un montón de transformaciones sociales brutales, con el surgimiento de nuevas redes de poder que acabaron con las antiguas. No hubo gobiernos que alcanzaran a dar sentido a semejantes transformaciones salvajes.

Las redes de poder privado ya están en todo el territorio nacional. Más que nunca imponen a la población sus reglas y lo hacen de tal manera que no queda a la población sino callarse, adaptarse a los dueños locales o huir.







La diferencia con el pasado es que ya no se puede hablar de mediadores. Los protagonistas armados median si se quiere adentro, imponiendo a la población su concepto del orden. No median hacia afuera siendo que constituyen soberanías alternativas que se yuxtaponen a la soberanía del estado. Implican un poco de «modernización» en el sentido que van desplazando a las viejas elites. Pero sin alcanzar a dar sentido a tal proceso de modernización. Circula el poder bruto sin producir un nuevo imaginario colectivo; lo tradicional y lo moderno se combinan en todos los aspectos, políticos, culturales sociales sin que se llegue a ingresar realmente a la modernidad.

No se ha podido inventar una memoria que no sea la de la violencia ni hacer que la gente alcance a creer que más allá de los sufrimientos sea posible una historia nacional que tenga sentido.

Se lo repito: me hubiera gustado pronunciar esta charla en presencia de Darío Betancourt. Son muchos los afectados por la violencia en Colombia. No podemos dejar de pensar en ellos pero me pasó con el secuestro de Darío lo mismo que otros experimentaron: la sorpresa, la incredulidad, la indignación. Secuestrando a Darío no solo se secuestró a un gran historiador. Se secuestró algo del espacio académico, espacio tan fundamental para ofrecer un futuro al país. Todos, del Estado o de cualquier grupo privado deben saber que estamos esperando su regreso entre nosotros. Esta vez como su profesor, digo de manera solemne que toda la comunidad académica

